



# LA CRUZ

## Y LOS ATRIBUTOS DE LA PASIÓN

La cruz, en los primitivos tiempos del cristianismo, empleóse como signo hasta en los actos menos importantes de la vida, y especialmente en las ceremonias religiosas; es uno de los principales atributos de San Pedro, sobre todo en las catacumbas; la pusieron en los sepulcros de algunos santos, como señal de martirio; sirvió de coronamiento al cetro de los cónsules; se grabó en las monedas y en las alhajas; se dibujó en las ropas y en los edificios; lo mismo la llamada griega que la latina, usada indistintamente, como atestiguan monumentos.

Conócese la cruz con varios nombres, según la forma empleada para la crucifixión: *Decussata*, que parece una X ó aspa, llamada de San Andrés; *Commissa* ó *patibulata*, y según escritores antiguos *Tau*, en forma de T, que simbolizaba la vida entre los paganos. Según tradición de crédito, á esta clase pertenece la Cruz del Señor, tradición confirmada por los relicarios del tesoro de Mouza del siglo VI, y en el esgrafiado descubierto en la fachada del palacio de los Césares del monte Palatino, atribuido al siglo III, en el que hay una caricatura pagana insolentemente grosera y anticristiana, que representa la figura de Jesús crucificado, con cabeza de asno salvaje. *Inmissa*, es la cruz citada por los Santos Padres, generalmente aceptada en todos los tiempos. Según D'Ross, ningún monumento con fecha presenta esta cruz antes del siglo V, aunque, por la estructura, presume haberla visto sin ella, correspondientes á los siglos II y III. Boldetti da noticias de otro ejemplar con cruz, fechado en 370 por los cónsules.

Ajusticiaron también los romanos, en postes, sobre todo cuando se trataba de prisioneros de guerra en número aterrador, según Josefo afirma.

San Justino que escribía en el siglo II, dice que la cruz tenía además otros brazos, por donde se pasaban las piernas del reo, para sostener en el centro el peso del cuerpo; aseveración de gran autoridad que ni en los tiempos antiguos ni en los modernos tuvieron en cuenta los artistas al crear sus Cristos.

Por los primitivos cristianos, cuando el simbolismo era aconsejado por la prudencia para evitar profanaciones, se presentó la cruz en formas diversas, siendo una de las más antiguas la cruz *gammada*, compuesta de cuatro gammas.

El martirio, con agravación de pena, era, cual fué el de San Pedro, con la cabeza del reo hacia abajo, ó cuando se dejaba el cadáver en el suplicio expuesto á la voracidad de las fieras, y también si se encendían hogueras al pie de la cruz.

Si tales salvajadas no se cometían, el reo vivía algunas horas en el suplicio, como sucedió á los dos ladrones, ó pasaban al día siguiente, y uno hubo que no murió hasta el tercer día.

La cruz, como suplicio, era pequeña, tanto, que muchas veces los pies del reo tocaban al suelo. Así debió ser la de Jesús, puesto que se reconoce que las de los ladrones eran pequeñas, y Santa Elena se ofuscaba ante la dificultad de distinguir la del Salvador, cuando obtuvo la gracia de hallarlas. Verdad es que algunos Padres y San Crisóstomo dicen que fué alta, sin duda apoyados en que algunas veces se usaron hasta de cincuenta codos, según Mardoqueo, y también fueron grandes las empleadas por Galba para determinados criminales, como afirma Suetonio.

Discrepan los evangelistas en la redacción del rótulo, más no en lo esencial, colocado á la cabeza del leño: *Hic est Jesus rex Judaeorum*, escribe San Mateo; *Rex Judaeorum*, San Marcos; San Lucas suprime el nombre de *Jesus* y está conteste con el primero; y San Juan, testigo ocular de la Pasión, escribe: *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*, que es la inscripción que se leía en la tablilla hallada por Santa Elena: los dos últimos evangelistas añaden, que el escrito se repitió en las lenguas hebrea, latina y griega. Como rareza única, citaré la inscripción del Cristo de Rambona que dice: EGO SVM JESVS NAZARENVS.

Cuando el reo se clavaba en la cruz *patibulata*, ponían la tablilla en una varilla, supliendo la cabeza del leño.

Quizá para abreviar, los artistas escribieron con iniciales la inscripción, excepción hecha de los latinos que la suprimieron con frecuencia; los griegos pusieron algunas veces IC XC, y otras, usaron la primera y última letra del alfabeto; en otras, dibujaron LUZ MUNDI, entre el sol y la luna, lo mismo los griegos que los latinos.

Disipada la aversión de la Iglesia en presentar á Jesús en el suplicio como objeto de culto público, y abolida la tiranía pagana, desechó el simbolismo en el concilio undécimo, celebrado en el siglo VIII, y prefirió las imágenes.

De las que presentó en la escena del Gólgota, además del Crucifijo, son más importantes la de la Virgen Madre y la de San Juan, testigos oculares del acto. Los artistas, al principio, los concibieron poniéndolas de pie á modo de estatuas fúnebres, cuyas mejillas se apoyan sobre las manos, expresión de dolor recetaria de aquellos tiempos; también, emplearon los bustos colocándolos en los extremos del travesaño de la cruz, escribiendo sus nombres, ó las palabras que les dirigió el Señor, en griego ó latín.

Antes del siglo VIII, difícilmente pueden citarse ejemplares en que el artista haya puesto los dos soldados, el de la esponja y el de la lanza; sólo se conoce uno, el relicario de Mouza. Del siglo VIII hay otro, en que los soldados, de pie uno y sentado otro, echan suertes sobre la túnica del Señor, teniéndola en medio.

La costumbre de poner al pie de la cruz un cráneo de cordero en substitución del símbolo, es relativamente moderna. En el crucifijo del dptico de Rambona, en vez del cráneo, está la loba que amamantó á Rómulo y Remo.



CEDROS DEL LIBANO

El sol y la luna, están en las pinturas, mosaicos y bajo relieves de los dísticos, á ambos lados de la cabeza de Jesús; el sol radiante, la luna en creciente unas veces; otras, dos semifiuras humanas que llevan sobre la cabeza corona real una, la otra el cuarto creciente, teniendo en una mano una antorcha encendida, y sobre la otra, una mejilla, como expresión de sentimiento y desconsuelo. En las cruces portátiles de sentimiento ocupan la parte superior del tronco, frecuentemente con la aclaratoria SOL-LVNA, ó poniendo una letra bajo otra, en posición que describe la perpendicular detrás de la luna.

Esta intervención de los astros, como accesorio de la crucifixión, no la emplearon los artistas exclusivamente en esta estación del Vía Crucis; en las pinturas murales de las catacumbas de Milán y en la resurrección de Lázaro, también están; por lo que el abate Martigny supone que los astros simbolizan: el sol, brillante por su propia luz, á la divinidad; la luna cuerpo opaco sujeto á las oscilaciones refleja de luz y sombra, á la humanidad.

Como complemento de este trabajo, daré algunas noticias acerca de las reliquias de la Pasión. La inscripción es de madera ó de la corteza del árbol, las letras rojas, destacando sobre fondo blanco. Cuando Santa Elena la encontró, estaba intacta y muy legible la es-

critura. En 1492, se halló en la bóveda de la basílica sesoriana, el único fragmento que se venera en Roma, en el templo de la Santa Cruz de Jerusalén: mide siete pulgadas de alto por trece de ancho, según la medida romana. Cuando se halló el fragmento, sólo se leía, en griego y latín, IS NAZARENVS RE; la inscripción hebrea se conservó legible hasta fin del siglo XVI, y en el XVII desapareció, dejando sólo vestigios; y lo mismo pasó con las letras IS de los textos griego y latino.

Entre los diversos clavos y espinas que existen en varias partes, muchos de ellos reproducción de los auténticos, se admiten como verdaderos, el clavo y la espina que se venera en la iglesia de Tréveris, según atestigua San Ambrosio, al tratar del descubrimiento hecho por Santa Elena, quién los donó á dicho templo; además, entre otros, lo confirman Rufino y Teodoreto, y está reconocido oficialmente por León X. La punta del clavo que se desprendió, la posee la iglesia de Toul, y un fragmento de la cabeza del mismo, la ciudad privilegiada de Tréveris.

La corona, muy incompleta por haberse distribuido en pequeñas partes entre determinadas iglesias, está en París, por donación del Santo rey Luis IX.

La túnica, también se guarda en Tréveris. Es de lana pura, según la opinión más general, conforme con la ley mosaica que prohibía mezclas; de lana y lino, según otra opinión. Su color obscuro, es ahora indefinido, tiene alguna rozadura y muy vagamente se observa que está manchada de sangre. Mide próximamente cinco pies de larga, y algo más desde la extremidad de una á otra manga, estando horizontalmente extendida; siendo cada una de pie y medio de longitud por uno de ancho, y desde debajo de las mangas, de un pie y dos dedos de ancho, y en la parte inferior, de cinco pies y seis dedos.

El sudario es de lino, muy ancho, de donde, según Beda, procede la costumbre de no celebrar la Santa Misa sobre seda ú otras telas ricas, que como el lino no son producto de la tierra; cuya opinión es ley por San Silvestre. Se venera en la catedral de Turín. Los otros dos paños con que además solían cubrir los judíos á sus muertos, están en la iglesia de Besançon y Cadouin, antes, de la diócesis de Sarlat, ahora, de la de Périgueux.

El segundo, aseguran que presenta pruebas irrefutables sobre su autenticidad.

La esponja se venera en San Juan de Letrán, y según Baronio presenta un color sanguinolento.

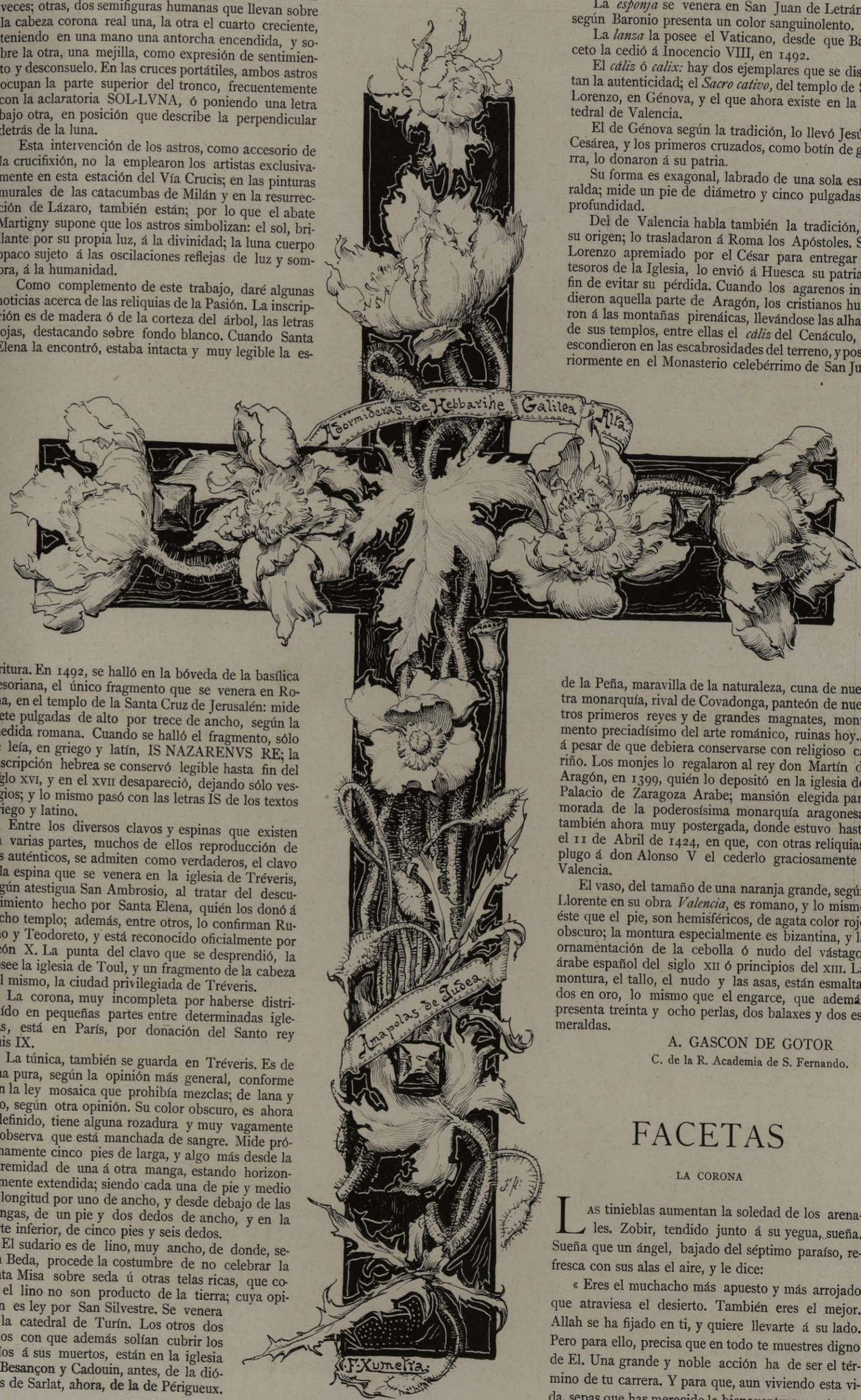
La lanza la posee el Vaticano, desde que Bayaceto la cedió á Inocencio VIII, en 1492.

El cáliz ó calix: hay dos ejemplares que se disputan la autenticidad; el *Sacro calice*, del templo de San Lorenzo, en Génova, y el que ahora existe en la Catedral de Valencia.

El de Génova según la tradición, lo llevó Jesús á Cesárea, y los primeros cruzados, como botín de guerra, lo donaron á su patria.

Su forma es exagonal, labrado de una sola esmeralda; mide un pie de diámetro y cinco pulgadas de profundidad.

Del de Valencia habla también la tradición, en su origen; lo trasladaron á Roma los Apóstoles, San Lorenzo apremiado por el César para entregar los tesoros de la Iglesia, lo envió á Huesca su patria, á fin de evitar su pérdida. Cuando los agarenos invadieron aquella parte de Aragón, los cristianos huyeron á las montañas pirenaicas, llevándose las alhajas de sus templos, entre ellas el cáliz del Cenáculo, las escondieron en las escabrosidades del terreno, y posteriormente en el Monasterio celeberrimo de San Juan



de la Peña, maravilla de la naturaleza, cuna de nuestra monarquía, rival de Covadonga, panteón de nuestros primeros reyes y de grandes magnates, monumento preciadísimo del arte románico, ruinas hoy..., á pesar de que debiera conservarse con religioso cariño. Los monjes lo regalaron al rey don Martín de Aragón, en 1399, quién lo depositó en la iglesia del Palacio de Zaragoza Arabes; mansión elegida para morada de la poderosísima monarquía aragonesa, también ahora muy postergada, donde estuvo hasta el 11 de Abril de 1424, en que, con otras reliquias, plugo á don Alonso V el cederlo graciosamente á Valencia.

El vaso, del tamaño de una naranja grande, según Llorente en su obra *Valencia*, es romano, y lo mismo éste que el pie, son hemisféricos, de agata color rojo obscuro; la montura especialmente es bizantina, y la ornamentación de la cebolla ó nudo del vástago, árabe español del siglo XII ó principios del XIII. La montura, el tallo, el nudo y las asas, están esmaltados en oro, lo mismo que el engarce, que además presenta treinta y ocho perlas, dos balaxes y dos esmeraldas.

A. GASCON DE GOTOR  
C. de la R. Academia de S. Fernando.

## FACETAS

LA CORONA

Las tinieblas aumentan la soledad de los arenales. Zobir, tendido junto á su yegua, sueña. Sueña que un ángel, bajado del séptimo paraíso, refresca con sus alas el aire, y le dice:

«Eres el muchacho más apuesto y más arrojado que atraviesa el desierto. También eres el mejor. Allah se ha fijado en tí, y quiere llevarte á su lado. Pero para ello, precisa que en todo te muestres digno de El. Una grande y noble acción ha de ser el término de tu carrera. Y para que, aun viviendo esta vida, sepas que has merecido la bienaventuranza eterna,



LA VERÓNICA

fijate en el cielo. Cuando veas brillar en él una corona de luz, tu gloria es cierta.»

La visión se desvaneció en el espacio, y Zobir despertó. El creyente fué feliz desde aquel instante, porque no dudó de la aparición divina.

Montó á caballo, y á la madrugada había llegado á un oasis, donde siglos atrás se detenían las caravanas que van de Alhaitú á la Meca. Esmeralda engarzada sobre el oro candente de la arena, sin causa alguna aparente, se había secado el manantial que alimentaba su verdor. Cientos de hombres y camellos, fatigados y sedientos, contemplaban seco el antiguo cauce y se preparaban á morir.

El mancebo examina la fuente agotada, ve la angustia y la desesperación retratadas en el semblante de sus compatriotas, y, movido de súbita inspiración, manda cavar junto á un montón de grandes pedruscos. La faena es ruda, y á las pocas horas, todos los viandantes renuncian á ella. Tendidos sobre la arena, esperan la muerte. Zobir trabaja sin descanso, dentro del hoyo abierto. Al ahondar, siente una sensación de frescura. Allí está el agua. Pero las delicadas manos sangran, el cuerpo se rinde, los músculos se niegan á obedecer á la voluntad. El también está próximo á morir. Pero ¿van á perecer todas aquellas criaturas?

«¡En nombre de Dios, Clemente y Misericordioso!...»

El pico se hunde en una quiebra de la roca. Pero ésta es enorme. Sin embargo, diríase que cede al impulso de una fuerza interna.

«¡El Fuerte, el Poderoso!...»

Zobir redobla sus esfuerzos, y la piedra parece vacilar sobre su alvéolo.

«¡Señor del universo y de los hombres!...»

La piedra queda volcada.

— ¡Agua! ¡Agua! — claman con infinita alegría los sedientos.

Y todos, hombres y camellos, se precipitan hacia el chorro que se eleva verticalmente y cae después, en cascada refrescante y salvadora.

Pero la roca, al perder su equilibrio, ha aplastado al que la descuajó. Zobir alienta aún; pero la muerte se acerca, le va á estrechar entre sus brazos para la eterna huida.

Antes de morir, el noble muchacho contempla como sacian su sed los hombres y las bestias que ha salvado de una muerte segura. Sus ojos abrazan después el ancho cielo. Alrededor del sol, fulgura un círculo diamantino, con los siete colores del arco iris.

— ¡La corona! — murmura. Y sus ojos se cierran, llevando impresa en la retina la esplendente imagen de un halo centelleante.

\*\*\*



A LO CADETE